

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

INDICE

- El imperialismo francés, gendarme de Africa
- El Partido Comunista de España en cabeza del eurocomunismo, es decir de la socialdemocratización
- Partido Comunista Francés : discrepantes mas que opositores
- Ante la ofensiva patronal y del gobierno, la respuesta de los trabajadores y la política de los sindicatos

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvrière**

Julio/1978

No

54

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

**lutte
ouvrière**

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 160 FF (\$ 35)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

THE SPARK

COMBAT OUVRIER

Mensuel communiste révolutionnaire (trotskiste)
Pour les lecteurs du parti communiste révolutionnaire
Pour les amis communistes et révolutionnaires de l'Internationale
Pour les amis communistes et révolutionnaires de l'Internationale

**le pouvoir
aux
travailleurs**

Mensuel trotskista

ESTADOS UNIDOS

Bi-mensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Seis meses \$3

Un año \$6

Bajo pliego cerrado

Seis meses \$5

Un año \$10

Otros países, por avión

Seis meses \$10 (FF 50)

Un año \$20 (FF 100)

Por barco

Seis meses \$ 4 (FF20)

Un año \$ 8 (FF 40)

Para el extranjero, pagar de preferencia por
giro postal internacional

Escribir a : The Spark,
Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA

ANTILLAS

Mensual trotskista antillano que publica un
suplemento bi-semanal en Martinica y
Guadalupe

Tarifas de suscripción :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

bajo pliego cerrado FF 15 (\$ 3)

Otros países : escribir al periódico

Suscripción a : Jocelyn BIBRAC

CCP 32 566-71 La Source-Orléans France

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier - B.P.-80

93300 AUBERVILLIERS

AFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado
por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores
Comunistas e Internacionistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

LUCHA DE CLASE

INDICE

Página 2 El imperialismo francés, gendarme de África

Página 10 El Partido Comunista de España en cabeza del eurocomunismo, es decir de la socialdemocratización

Página 17 Partido Comunista Francés : discrepantes mas que opositores

Página 25 Ante la ofensiva patronal y del gobierno, la respuesta de los trabajadores y la política de los sindicatos

NUMERO 54

EL IMPERIALISMO FRANCES, GENDARME DE AFRICA

Después del envío del millar de paracaidistas de la Legión a Shaba bajo el pretexto de «misión humanitaria», la intervención masiva, brutal del ejército en Chad contradice de manera ejemplar a los boletines hipócritas y falsos del gobierno francés sobre la naturaleza de sus intervenciones en África. En Chad, esos «cooperantes franceses» enviados en abril pasado para «ayudar al gobierno del presidente Malloum» aparecen pues por lo que son, un cuerpo expedicionario de unos 2 000 soldados profesionales empeñados directamente en una verdadera guerra con armamento pesado contra el Frolinat.

A fines de mayo, después de las operaciones de reconocimiento que duraron dos semanas, una quincena de *Mirage* y *Jaguar* del ejército francés acribillaron durante 48 horas a cañonazos, con cohetes y bombas una de las posiciones del Frolinat. El 2 de junio *Le Figaro* anunciablea en primera plana : «600 soldados franceses aplastan a 1 000 rebeldes tubús sitiados en un palmeral» ; seguía un detallado relato de la ingeniosa táctica del cuerpo expedicionario francés que supo hacer caer el Frolinat en una trampa mortal...

En cuanto al Zaire, se puede aun preguntar si supuestas «operaciones de socorro» como la que efectuó el ejército francés en Kolwezi no va a desembocar un día en un estancamiento en una guerra podrida. Pero, respecto a Chad ya no se está ni a las precauciones verbales ni a las vacilaciones. Es verdaderamente una guerra colonial y ufana de si la que ha emprendido el ejército francés.

En 1978, una parte del ejército profesional especialmente entrenado para las intervenciones en sus ex-colonias ha sido movilizado en varios frentes activos : 1 200 paracaidistas en Zaire, 1 100 hombres en uniforme de la ONU en el Líbano, unos 2 000 probablemente en Chad, algunas centenas en Mauritania (bautizados también «cooperantes») empleados principalmente para pilotar los *Jaguar* que acosan al Polisario en el desierto. Y por si esto fuera poco en la costa este de África, en el Océano Índico, desde Djibutí a Madagascar, el gobierno francés acaba de reforzar su dispositivo militar : en Djibutí 4 500 hombres están todavía en pie de guerra ; además, refuerzos de legionarios fueron enviados hace algunas semanas a las cercanías de las

Comores y de Madagascar. Coincidencia sin duda, ocurrió en el mismo momento en que se producía en las Comores un golpe de Estado pro-francés dirigido por un mercenario que hizo sus pruebas durante el conflicto de Katanga en 1960.

EN LA CONTINUIDAD DE LAS ANTIGUAS TRADICIONES

La famosa descolonización gaullista nunca impidió al Estado francés y su ejército defender palmo a palmo el menor de sus intereses en África. Todo lo contrario desde 1960, año en que la mayoría de las ex-colonias francesas accedieron al estatuto jurídico de Estado soberano, el imperialismo francés ha intervenido militarmente, violentamente, brutalmente cada vez que sus intereses se veían amenazados o podían serlo. De Gaulle en los años 60 se preocupó de que el «acceso» a la independencia se hiciera en el marco de régímenes que le fuiesen sumisos.

En Camerún, a la víspera de la independencia, en 1960, la rebelión afectaba cerca de 400 000 bamilekes. El gobierno de Ahidjo solicitó de París el mantenimiento de las tropas francesas que llevaron a cabo durante ese año una «campaña de pacificación» proseguida los años siguientes por la gendarmería camerunesa. Durante los años siguientes, en cuanto uno de los dictadores a sueldo del Estado francés estuvo en peligro, el ejército francés le socorrió, por poco que los intereses franceses estuviesen amenazados. Así en Gabón, fue el ejército francés quién restableció en el poder al presidente Leon M'ba a quién un pronunciamiento acababa de derribar en febrero de 1964.

La ocupación militar de Djibutí fecha de 1966 cuando De Gaulle llegó para hablar «el lenguaje de Francia» fué acogido tumultuosamente. Las primeras operaciones en Chad para apoyar la dictadura de Tombalbaye fecha, de 1968, bajo De Gaulle. Y éstas no son más que las intervenciones militares públicas y conocidas.

Hoy en día, la política de Giscard d'Estaing en África procede directamente de la política del Estado francés desde hace 20 años. La multiplicación de las intervenciones actuales sólo se debe a que, desde las dos décadas pasadas una cierta cantidad de dictaduras han agotado sus posibilidades y están confrontadas como por todas partes en África, con la rebelión de minorías étnicas o nacionales oprimidas y están a punto de desmoronarse. El orden post-colonial está amenazado, y, con él, los intereses imperialistas.

No solamente las intervenciones francesas no tienen nada nuevo, sino que desde la «descolonización», el marco militar de estas intervenciones se quedó intacto desde 1959 : el ejército francés nunca ha desmovilizado sus fuerzas de intervención colonial mantenidas bajo el nombre de «fuerzas de intervención exterior» o de «presencia en ultramar».

Hoy en día, entre los DOM y TOM y los países africanos, o en Francia son casi 40 000 soldados quienes están destinados a esas tareas, dichas de «presencia en ultramar» o «de intervención exterior». Esas «fuerzas armadas de intervención» propiamente dichas cuentan con casi 17 000 hombres de los cuales algo menos de la mitad son profesionales (siendo el resto el contingente) abarcando principalmente la 11 división de intervención

estacionada en Pau, la 9 división de infantería de marina estacionada en Bretaña, y el 1 regimiento extranjero de la caballería de la legión extranjera, estacionado en Córcega. Son estos cuerpos de ejército quienes están hoy en día, por lo esencial de sus fuerzas permanentes, movilizados en Mauritania, en Chad, en Zaire y en el Océano Índico. Regularmente tienen lugar en África maniobras entre fuerzas francesas y africanas para experimentar la capacidad operacional de esas fuerzas de intervención, así como su buena coordinación con los ejércitos de los dictadores africanos concernidos, estas últimas fuerzas fuertemente encuadradas por oficiales «cooperantes» franceses.

De esta manera la primera intervención francesa en Zaire en 1977 fué precedida de maniobras efectuadas en octubre de 1976 por el mando operacional del transporte aéreo militar (la COTAM) desde la Costa de Márfil, permitiendo experimentar el dispositivo militar utilizado algunos meses después en Shaba. Las intervenciones francesas en África extremadamente rápidas están facilitadas de una parte por un rodaje y un entrenamiento permanentes, y por otra por el hecho de que en esas ex-colonias, Francia dispone de bases permanentes como en Gabón, Senegal, Camerún, y Costa del Marfil. Ahora bien para sus intervenciones el ejército francés, no se ve obligado a «ocupar» constantemente el terreno. Interviene también a través de los ejércitos africanos que contribuyó a constituir y encuadrar muy estrechamente sirviéndose de ellos como fuerza de relevo. Lo que se conoce como «asistencia militar técnica» a los países africanos y malgache dependientes del ministerio de la Cooperación (que ha sucedido al ministerio de las Colonias desde 1959) ha consistido, en un primer tiempo, de 1960 a 1968, en crear en cada Estado una gendarmería y un ejército de 2 000 a 5 000 soldados de infantería con equipo ligero. La tropa y los cuadros africanos fueron transferidos de los ejércitos franceses a los Estados independientes con dotación material, mientras que unos 3 000 cooperantes militares franceses eran agregados a los nuevos ejércitos nacionales, no solamente como consejeros e instructores, sino también para asegurar las funciones de mando. Desde entonces, aunque monopolizando la función del Alto Mando, la cantidad de asistentes franceses disminuye mientras aumenta la cantidad de cursillistas africanos formados en Francia.

El primer resultado de esta asistencia militar es el haber organizado ejércitos completamente dependientes de la logística y del encuadramiento de la antigua metrópoli. Si esos ejércitos africanos se revelan casi siempre insuficientes como para llevar a cabo verdaderas guerras, desempeñan sin embargo generalmente un papel represivo y policial eficaz contra los obreros y los campesinos (hubo centenas de muertos durante la insurrección popular en marzo de 1965 en Casablanca ; el ejército mauritano reprimió la huelga de los mineros de Zuerat en 1968...).

LOS TRIUNFOS DEL IMPERIALISMO FRANCES

Desde hace casi 20 años el imperialismo francés dispone gracias a los vínculos administrativos y militares muy estrechos que ha mantenido con sus ex-colonias, de una especie de dispositivo «natural» de intervención

militar muy eficaz, y desbordando ampliamente las capacidades técnicas del ejército francés. Si Giscard d'Estaing acaricia actualmente la ambición de ser «el primer gendarme» occidental en África, mientras que el Estado francés no representa más que un imperialismo jadeante, de segundo rango disponiendo de medios financieros y económicos limitados, no es por pura megalomanía imperialista. Es indudable que el Estado francés ha heredado de su pasado de potencia colonial de primer rango vínculos privilegiados con los actuales Estados africanos francófonos. Para algunos de entre ellos, la administración colonial ha cambiado apenas; la mayoría de los «embajadores» franceses en África desempeñan menos, el papel de invitados diplomáticos, que el de verdaderos gobernadores locales por quienes pasan muchas decisiones de los gobiernos «independientes». Claro ya no estamos en el tiempo de los años 50 en que el «lobbie colonial», fuertemente representado en la cámara de diputados, componía y descomponía en Francia ministerios y presidencias del consejo. Pero ese lobbie francés continua existiendo bajo una forma modernizada, tan reaccionaria y eficaz como en el pasado, a través de las grandes compañías comerciales y mineras francesas en África. Son éstas quienes aseguran esos «vínculos particulares y privilegiados» que «unen» a Francia con sus ex-colonias para que por una parte, «Francia les proteja» y por otra obre para «que nada cambie», en un estilo de vida que nada tiene que envidiar al antiguo modo de vida colonial.

Son tales vínculos, costumbres coloniales, vínculos administrativos y militares con los nuevos Estados independientes, en una palabra su «conocimiento» del terreno, que dan al imperialismo francés una competencia muy particular para desempeñar un papel de gendarme en África. Por lo menos en la esfera que abarca sus antiguas colonias, es decir una parte no despreciable de África.

LAS INTENCIIONES POLITICAS DE GISCARD

No obstante, nadie ha impugnado hasta el presente al imperialismo francés la libertad de intervenir militarmente en esas reservas que constituyen aún sus antiguas colonias.

Pero la relativa novedad de la situación actual fué primero la intervención aeroportada de Francia en Shaba el año pasado, y su repetición este año. Es decir las pretensiones militares francesas con respecto a una ex-colonia belga y no francesa, en donde los intereses económicos franceses son además muy secundarios.

Esta nueva pretensión francesa es la que dió a pensar que Giscard quería desempeñar el papel de gendarme en todas direcciones en África. En realidad, esta ambición no es totalmente nueva. Era también la de De Gaulle, y desde las independencias africanas de 1960, el imperialismo francés abriga ambiciones bien determinadas con respecto a toda el África francófona. Todas las bellas frases acerca de la «francofonía», acompañadas de una «asistencia cultural» que puede extenderse a diferentes dominios (militares y administrativos), no son en realidad una política reciente. Es sin duda alguna una manera para el imperialismo francés de compensar en el plan político lo que no es capaz de asegurar

sobre el plan financiero y económico. En Zaire, por ejemplo, todo se desarrolla como si hubiera una especie de división del trabajo entre los diferentes imperialismos : el francés encuadra el ejército de Mobutú, esperando a cambio de esto que se le concedan ciertos favores en el abastecimiento en cobre y cobalto, mientras que los dólares del americano son los que sacan a flote (quizás a fondo perdido, como lo deplora periódicamente el gobierno americano), al gobierno de Mobutú. La actual intervención militar francesa tiene su paralelo en lo que algunos observadores califican ya de «plan Marshall» para Zaire.

Esto dicho, con la intervención en Zaire, casi «gratuita» se podría decir, son objetivos ante todo políticos que el gobierno francés ambiciona. Más allá de Mobutú, Giscard d'Estaing quiere hacer delante de todos los dictadores africanos francófonos, la demostración espectacular de que encontraran en el Estado francés un apoyo incondicional a su régimen, y que puede permitirse recurrir a él en caso de necesidad. Para la credibilidad de esta operación es necesario claro está, que la intervención en Zaire sea un éxito, pero la intervención de 1977 en Shaba fue ya uno para el imperialismo francés. Después de todo, su intervención al lado del ejército marroquí (que decididamente está en vías de desempeñar el papel de tiradores senegaleses en tiempos de la colonial) procuró una prórroga de un año al régimen de Mobutú. Y los demás dictadores africanos han debido apreciar a su justo valor ese resultado, por limitado que sea.

Hoy, la última intervención en Zaire, para ser creíble, se propone diferentes objetivos : el primero (el que aseguraría solidamente sin ninguna duda la popularidad del Estado francés acerca de todos los regímenes tambaleantes de África expuestos a veleidades de secesiones nacionales), sería impedir toda secesión a medio y largo plazo en Shaba, restableciendo definitivamente el orden en esta provincia del Zaire. Es seguramente lo más difícil, y es ahí donde el ejército francés, si persiste en tal ambición podría arriesgar un «estancamiento» cada vez menos glorioso. En definitiva será sobre todo la verdadera capacidad militar de los ex-katanguenos así que su capacidad en hacerse reconocer como liberadores por la población la que zanjará este aspecto del problema de Shaba. Y a este respecto, subsisten todas las hipótesis.

Pero para que la operación francesa sea de todas formas un éxito bastaría que se contentase con «mantener en pie» al régimen de Mobutú. Este objetivo es sin duda más al alcance, quedándose la rebelión del FNLC limitada al Sur de Zaire. Pero ahí también el ejército francés deberá quizás pagar un cierto precio...

UNA FUERZA DE INTERVENCION INTER-AFRICANA : UNA COARTADA AL IMPERIALISMO FRANCES QUE LOS DICTADORES DE AFRICA OTORGARAN DIFICILMENTE

Al gobierno francés le hubiera gustado dedicar su operación político-militar destinada a los jefes de Estado africanos haciéndoles aceptar la constitución de una fuerza de intervención (esta «idea seductora» de la cual hablaba el socialista Hernu, a condición de que se comprenda bien, añadía,

que el ejército francés desempeñaría un papel de primer plano), que tuviese de alguna manera el aval de la OUA. Para Francia, las ventajas son evidentes: sería una forma de hacer reconocer por un tratado militar multilateral un papel de primer plano al Estado francés en África dando al mismo tiempo una coartada honorable a sus intervenciones militares. Pero del lado africano, las reticencias se han multiplicado. Incluso Marruecos, que no obstante debía de ser el brazo armado de tal empresa (en realidad prácticamente el único país capaz de secundar militarmente, aunque sea poco, las tropas francesas al exterior de sus fronteras) puso mala cara dándose cuenta que sería el principal solicitado en esta historia. En cuanto a las otras dictaduras tienen demasiada necesidad de su propio ejército, ya tan poco fiable, al interior de sus propias fronteras para poder prestarlo en intervenciones exteriores. Y antes de reconocer la hegemonía militar y política del imperialismo francés ellas prefieren por el momento esperar y ver...

EN LUGAR DEL IMPERIALISMO AMERICANO

Finalmente lo más significativo en esta reedición de la intervención francesa en un país que, según se pretende, no pertenece a su dominio tradicional habrá sido la actitud de los Estados Unidos.

Hace un año, durante la primera intervención francesa en Zaire, el gobierno estadounidense dió su acuerdo tácito, pero su actitud fué entonces más notable por su abstención que por sus tomas de posición. En 1977, Giscard fué a los Estados Unidos a buscar el aval de Carter, y lo obtuvo. Obtuvo por lo menos declaraciones del estilo «guerra fría» o mas bien guerra «fresca» como dice Brejnev, al encuentro del supuesto apoyo de los cubanos y de la URSS al FNLC, y sobre todo, obtuvo casi felicitaciones oficiales por su espíritu de iniciativa en la defensa del occidente en África.

Decir que desde 1977, con la primera intervención francesa en Shaba, Giscard actúa como simple ejecutante de los Estados Unidos, sería simplificar las cosas. Muy probablemente las iniciativas francesas de hace un año y quizás de este año han puesto al imperialismo americano delante del hecho cumplido. Pero si el gobierno francés puede acariciar algunas ambiciones que sobrepasan un poco sus atribuciones habituales en África y tomar tales iniciativas, es también ante todo porque desde la guerra de Angola (donde el gobierno americano se negó deliberadamente a empeñar directamente fuerzas en un campo u otro), el imperialismo americano se niega a toda intervención militar en África y lleva, con suma prudencia, una política diplomática en todas direcciones. Hasta ahora, en este gran polvorín potencial en que se ha convertido África, los Estados Unidos se refugian en una actitud muy atentista. El gobierno americano ha pagado demasiado caro el estancamiento en el Vietnam y no está dispuesto a reeditar antes de mucho tiempo la experiencia en otra parte. Al fin y al cabo, que otros imperialismos paguen el precio si lo desean. Pero al mismo tiempo, en África, hay en cierta medida un sitio vacante para un imperialismo de segundo rango claro está, pero que se hallaría, por ejemplo por su pasado colonial y sus relaciones en unas veinte dictaduras africanas, en una situación más ventajosa. Es precisamente el caso de Francia...

Algunas ambiciones económicas y políticas francesas saldrían por supuesto beneficiadas, pero finalmente será el ejército francés quien tendrá que pagar el precio, y su gobierno las consecuencias de éste, en lugar del gobierno americano, todavía traumatizado por la impugnación de la juventud de los campus universitarios contra la guerra del Vietnam.

¿ HASTA DONDE PUEDE IR EL IMPERIALISMO FRANCES ?

El hecho de que el imperialismo francés intervenga militarmente en África, no es ciertamente nuevo. No obstante actualmente está empeñado en diferentes conflictos donde, de hecho, ha movilizado la casi totalidad de sus tropas profesionales de intervención. Tanto en Mauritania como en Chad, y quien sabe si mañana en Zaire, sus cuerpos expedicionarios están destinados quizás a comprometerse en largas guerras, en las que algunas incursiones relámpago no bastarán ni mucho menos para «restablecer el orden».

Si las intervenciones de las tropas francesas se multiplican y se prolongan en verdaderas guerras, los actuales cuerpos expedicionarios, incluso entrenados a este uso, corren el riesgo de no ser suficientemente numerosos, y deberán ser entonces regularmente relevados.

Una parte de la opinión burguesa es consciente de ello y desaprueba las iniciativas de Giscard no estando lejos de pensar que comprometen el ejército francés en una aventura que podría costar caro. En este asunto, Giscard está lejos de obtener el consenso del conjunto de su propia mayoría. Es significativo que sea la prensa de Hersant, y en primer lugar *Le Figaro*, quien haya dejado publicar los reportajes de su corresponsal de guerra sobre los estados de ánimo de los legionarios en Shaba, cuyo moral no era visiblemente de los más altos. Es en la prensa burguesa donde se podía leer, —no es tan frecuente durante tales intervenciones militares— propósitos desengaños de oficiales relatados de la forma siguiente : «Coger una ida y vuelta para Kolwezi y volver cubierto de gloria, es una cosa. Pero quedarse para estancarse en una guerrilla y hacerse tratar por encima de todo de asesino, es otra». El mismo Eruilin comandante del 2 REP, que había participado durante la guerra de Argelia a las torturas que provocaron la muerte de Maurice Audin, comentó de forma edificante el estado de desorganización del ejército «aliado» de Mobutú que, en la circunstancia no les creó menos problemas a los paracaidistas que las mismas tropas del FNLC : «fué necesario que a culatazos en la cara los boinas verdes desemborracharan a los paracaidistas de Zaire» que descargaban sus armas en todas direcciones en los aeropuertos, relataron oficiales franceses a Thierry Desjardins, corresponsal del *Figaro*, quien concluía su reportaje de la forma siguiente : «i Casi se desea secretamente que los rebeldes estén aún en la región para proteger a los civiles de Shaba de los militares del ejército de Mobutú !»

Visiblemente, era difícil en esas condiciones convencer a los paracaidistas franceses de que llevaban a cabo una cruzada humanitaria.

En realidad, todos esos comentarios son significativos de las inquietudes y vacilaciones de toda una parte de la misma opinión burguesa que no quiere comprometerse en conflictos inciertos. Porque si el imperialismo francés se ve obligado a empeñar a cuerpos expedicionarios en verdaderas

guerras coloniales en África, durante meses y años, tendrá que contar con las reticencias de su propio ejército que podría revelarse poco seguro y en todo caso sin medios suficientes.

En el Vietnam el gobierno norteamericano, que disponía sin embargo de recursos humanos y militares infinitamente más importantes que los del ejército francés, conoció sin embargo los mismos problemas : las tropas de élite, sus *marines*, se demoralizaban rápidamente. Era necesario relevarlas al cabo de algunas semanas. Lo que significa que todo el ejército americano se vió afectado por su intervención en la guerra del Vietnam. Mientras que un imperialismo inicia una guerra sin víctimas de su lado, todo va bien, pero cuando surgen muertos y heridos de la metrópoli, las vacilaciones, las interrogaciones de la opinión y la demoralización surgen rápidamente, seguidas de cerca por complicaciones políticas internas.

Con una intervención prolongada del ejército francés, pasaría lo mismo. El gobierno francés si quiere intensificar su intervención, empleará su ejército profesional, claro está, pero será un ejército entrenado en tiempos de paz. Y siempre es difícil mandar hacer la guerra en tiempos de paz. Esto significará entonces que será necesario empeñar no solamente a los cuerpos de ejército especialmente previstos para la «intervención exterior» —algunos veinte mil hombres si no se tiene en cuenta al contingente—, sino también al resto del ejército permanente. Esto significaría que todos los oficiales y suboficiales del ejército en activo de los diferentes cuerpos, de los legionarios a los mismos CRS, tendrían que seguir una preparación de varios meses, a la retaguardia en el mejor de los casos, de una guerra en Shaba, en Chad, o en otra parte, o bien encuadrando ejército indígena. Y tal engranaje comporta riesgos. Pero todas las verdaderas guerras coloniales empiezan en realidad de esta manera. Es lo que ocurrió al principio de la guerra de Argelia, hasta que el gobierno se decidiera a enviar al propio contingente.

En realidad, si hay una oposición en el seno mismo de la mayoría gubernamental a las iniciativas militares de Giscard, es únicamente porque el imperialismo francés no tiene verdaderamente los medios de prolongar mucho tiempo esta política. Sus ambiciones superan sus posibilidades, de las cuales el número, el armamento y la moral de sus tropas forman uno de sus componentes.

Pero los peores criminales no son necesariamente aquéllos que tienen los medios de sus crímenes. La clase obrera francesa no tiene que quedarse neutral ante la política del imperialismo francés, incluso si esta política es irrisoria y, por la lógica misma de los acontecimientos, condenada al fracaso.

El Partido Comunista de España en cabeza del eurocomunismo, es decir de la socialdemocratización

Los debates que se han desarrollado en el seno del Partido Comunista de España con ocasión de su IX Congreso a propósito del «leninismo», dan una idea de lo que debían ser las famosas discusiones de los teólogos bizantinos. En todo caso, aquél que para intentar comprender el sentido de esta discusión, se atenga a los argumentos intercambiados entre partidarios y adversarios de la famosa «tésis 15» (afirmando que ya no se debía definir al PCE como un «partido marxista-leninista», sino como un «partido marxista, democrático, y revolucionario»), le será difícil no perderse.

En efecto, se ha visto, en el transcurso de ese congreso al portavoz de la dirección del partido, Simón Sanchez Montero, encargado de responder a los adversarios del abandono de la referencia «leninista», proclamar «Lenin es el más grande» pedir al auditorio que se pusiera en pie y aclamase el nombre de aquél, afirmando que «el abandono de la palabra leninismo no cambia realmente nada».

Pues bien si esto no cambia nada, no se ve porqué al PCE, le ha importado tanto el desarrollo de ese espectacular debate anunciado desde hacia meses.

Está claro que el IX Congreso del PCE no ha marcado una ruptura en su política. En realidad hace largo tiempo que ese partido no tiene ya nada que ver tanto con el «leninismo» como con el «marxismo revolucionario».

Por lo menos desde la época del Frente Popular, en que se hizo el defensor del orden burgués, así como durante la guerra civil, en que fue el más eficaz agente de la contra revolución en la zona republicana.

A uno de los opositores a Carrillo le fue fácil, cuando la conferencia madrileña del PCE que precedió al congreso, recordarle que había escrito no hacía tanto tiempo (en 1972, en su prefacio a una edición en español de las obras escogidas de Lenin) : «Hoy, varios son los que discuten el valor universal del leninismo en tanto que aporte importante a la obra de Marx y de Engels. Entre los que critican o condenan al leninismo la mayor parte han renegado, también sin duda, a los fundadores del socialismo científico. Desde un ángulo o desde otro, es tarea imposible separar a Lenin de Marx y de Engels, y menos oponerlos». Pero sería engañarse en demasía creer que el Carrillo de esta época era más revolucionario que el de hoy. Y si el

lapsus de Carrillo en el Congreso, empezando su discurso por un resonante : «Nosotros los excomunistas . . .» es significativo, lo es con más de cuarenta años de retraso.

Además, aunque declarándose adversario de la etiqueta «leninista» delante de los militantes de su partido, sigue reclamándose descaradamente de la herencia del bolchevismo y de Lenin : «Nos consideramos herederos de quienes en las difíciles condiciones de la Rusia de 1917, encabezados por Lenin, supieron dirigir la primera revolución socialista del mundo . . .», «no abandonamos nada que sea substancial, que sea revolucionario. Pero el Leninismo oficialmente es hoy un cascarón vacío. Han embalsamado al cadáver de Lenin, han embalsamado también sus ideas. Pero eso es antileninista y antimarxista. Siguiendo a Lenin, de acuerdo con él, nosotros volvemos a los orígenes, volvemos al marxismo revolucionario, en el cual está Lenin incluido, y que guió todos los caminos y actividad de Lenin». No se acabaría de citar todas las declaraciones que se quieren «leninistas» sin serlo, de Carrillo y de los demás dirigentes del PCE.

Sin embargo, entre todas esas declaraciones enmarañadas hay unas (particularmente entre aquellas destinadas a la gran prensa) en donde los verdaderos problemas salen a la luz del día. Es el caso por ejemplo de la larga entrevista de Santiago Carrillo publicada a principios de abril por el semanario Cambio 16 bajo el título significativo : «Confesiones de Carrillo : Suárez, te quiero».

En esta entrevista, Carrillo desempeñaba igualmente su número de renunciamiento al leninismo en nombre del leninismo : «lo que nosotros pretendemos es acelerar la transformación de la sociedad en estos países

de Occidente. Pero las vías ya no son las de 1917 . . . y la transformación social tiene que realizarse con el consenso de grandes mayorías, con el pluralismo político, con la democracia. Por eso, nosotros, somos más fieles al espíritu creador e innovador de Lenin que otros». Pero ese «leninista» tiene una curiosa manera de abordar el problema de la «transformación de la sociedad» cuando añade : «Después de cuarenta años de marginación de la clase obrera, mientras que la clase obrera no se sienta representada de una forma u otra forma en el gobierno, no va a considerarlo como algo suyo y será inútil pedirle esfuerzos y sacrificios. Un gobierno de concentración democrática con participación de socialistas y comunistas podría movilizar las energías de la clase obrera de una forma mucho más activa. Y no puede argumentarse que el gobierno de concentración es la última baza a utilizar, porque en Francia e Italia fue la primera y la que permitió el establecimiento de la democracia trás la guerra mundial».

De hecho, el abandono de la referencia «leninista», por formal que sea, vieniendo después de una política que durante más de cuarenta años ha sido todo lo opuesto al leninismo, se inscribe en la serie de gestos de buena voluntad que los dirigentes del PCE no cesan de multiplicar con respecto a la derecha. La referencia «leninista» era un vestigio—puramente verbal—del lejano pasado revolucionario del PCE. Y se trata para Carrillo y los suyos, de demostrar que ya no tienen nada que ver con ese pasado, manteniendo sin embargo entre los trabajadores la ilusión de que ese partido sigue siendo el defensor de la población laboriosa.

Manuel Azcarate, miembro de la dirección del PCE, aclara también el verdadero problema cuando escribe :

«El término «leninista» tiene connotaciones evidentes : insurrección armada, dictadura del proletariado, alianza de obreros y de campesinos, partido de disciplina ferrea, etc. Conservar ese adjetivo sería mantener una ambigüedad».

Claro, el término «marxista revolucionario» no difiere en su contenido del de «leninista» (o más exactamente, puede tener del mismo modo un contenido diferente según quien lo emplea). Pero la referencia «leninista» es propia del movimiento comunista, mientras que la etiqueta «marxista», incluso seguida del epíteto revolucionario, es común a un buen número de partidos socialdemócratas. Y lo que ha querido demostrar Carrillo a la burguesía y a la derecha española, es el que su partido está dispuesto a colaborar con ellos de la misma manera que cualquier partido socialdemócrata.

Los dirigentes del Partido Socialista Obrero Español no se han equivocado sobre el deseo de Carrillo de deslizar su partido hacia el espacio político del PSOE. Kindelan escribía a la mañana siguiente al congreso del PCE : «Cada vez que los socialistas leemos declaraciones de personas destacadas del Partido Comunista y, en especial de Santiago Carrillo, nos quedamos un poco perplejos : en teoría, al menos, parecen haber desaparecido las causas que produjeron en 1921 la escisión en el movimiento obrero. Si nos atenemos a lo que ahora se nos dice, no se distingue una línea clara de separación entre las posturas políticas del socialismo democrático, el PSOE en nuestro país, y las del eurocomunismo, en España el PCE.» Kindelan se permitía incluso añadir (con razón aparente, dada la servilidad mostrada por el PCE con respecto al gobierno

Suarez) : «Existen, sin duda, posiciones más a la derecha o más a la izquierda en ambos partidos ; en la política más inmediata, el PCE adopta posiciones menos avanzadas, más de «colaboración de clases», quizás porque tienen un mayor handicap que superar en su pasado estalinista, pero las ideas que proclaman los unos son bastante coherentes con las de los otros».

Evidentemente el que el PCE adopte la misma etiqueta que el Partido Socialista no habrá reagrupado largo tiempo bajo la misma enseña a los dos partidos, puesto que apenas algunos días después del Congreso del PCE, el secretario general del Partido Socialista, Felipe Gonzales, anunciaría, para no ser menos, que pediría en el próximo congreso de su partido la supresión de la referencia al marxismo de los estatutos del PSOE. Pero cuales quieran que sean los deslizamientos a derecha del Partido Socialista en su voluntad de presentarse como una solución de recambio a la Unión del Centro Democrático de Suárez, y de recuperar parte del electorado de esta formación, esto no cambia nada a la significación del gesto del Partido Comunista renunciando al «marxismo-leninismo» por el marxismo sin más. Y para quién tendría aun dudas sobre esta significación, baste recordar que no es en una asamblea del partido (como hubiera sido normal) sino durante su viaje de noviembre efectuado en los Estados Unidos con la bendición del gobierno, como Carrillo anunció por primera vez que se proponía modificar en ese sentido los estatutos del PCE, cuestión de tranquilizar a los capitalistas norteamericanos deseosos de invertir en España.

La buena voluntad de Carrillo no ha pasado inapercebida. A la mañana siguiente del congreso del PCE, al

hacer el balance del proceso de elaboración de un sistema parlamentario en España, el semanario de izquierda Cambio 16 escribía en su editorial : «Se aproxima una nueva etapa y hay que movilizarse para estar a la altura de ella. Los comunistas, por su parte, han dado en este sentido un paso al frente esta semana al tirar por la borda parte de la magia y la liturgia : San Lenin el moscovita ha sido destronado para mayor irritación de esa clique ancliana de la URSS a la que le hieden no sólo los cuerpos, sino las ideas. Este paso de Santiago Carrillo hacia la realidad ha sido difícil, pero se merece un aplauso». A tal mérito, tal cumplido.

Sea lo que sea, al suprimir de sus estatutos toda referencia al leninismo, el Partido Comunista de España ha tomado netamente la cabeza del pelotón de los partidos «eurocomunistas», es decir de los partidos comunistas de Europa del sudoeste que desde hace algunos años toman cada vez más distancias con respecto a la Unión Soviética.

No solamente el PCE, al firmar en otoño último los acuerdos llamados de la Moncloa con todos los partidos políticos parlamentarios, incluso la muy reaccionaria Alianza Popular de Fraga Iribarne, ha aportado —al mismo título que el Partido Socialista— su caución a la política de austeridad del gobierno de Suárez, sino que además cultiva con respecto a éste y al régimen juanista una actitud al lado de la cual la del muy moderado Partido Socialista aparece sobre ciertos puntos más radical.

Así en la primera entrevista otorgada por Juan Carlos a un periódico español en enero último, leíase : «El secretario general del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Felipe

González, es más reacio a las fórmulas y evita por todos los medios pronunciar las palabras protocolarias», y se añadía que «el propio secretario del PCE (ha) pronunciado varias veces, sin esfuerzos y sin rubor, el tratamiento de «Majestad» y «Señor».

Asimismo, cuando el debate en la comisión constitucional de las Cortes sobre la forma política del Estado español, los representantes del Partido Comunista votaron contra la enmienda «republicana» presentada por el Partido Socialista (que además sólo para salvar el honor libraba un último combate cuya salida conocía de antemano), como también votaron, y sin pestañear, el artículo primero del proyecto de constitución definiendo que «La forma política del Estado español es la Monarquía parlamentaria».

Como se ve, para el PCE ya no se trata como lo decía anteriormente de «aceptar» la monarquía si ésta correspondiera al deseo de la mayoría del pueblo español, sino de pronunciarse en su favor y de caucionarla. No solamente el Partido Comunista de España ha renunciado desde hace largo tiempo a la lucha por cualquier transformación social verdadera, sino que además se dispone a hacer votar «sí» en el referéndum constitucional que preparan Suárez y Juan Carlos.

Esta política servil es la continuación lógica de la que el PCE lleva a cabo desde hace mucho tiempo. Pues no solamente ha pasado desde hace más de cuarenta años del lado del orden burgués, sino que ya hace unos veinte años que se prepara a colaborar con los herederos de Franco. Y muy precisamente desde la adopción en 1956-58 de la línea de «reconciliación nacional».

La adopción de esta línea después de los años de tateo de la post-guerra, significaba en efecto

que el PCE después de veinte años de ilegalidad bajo el franquismo no veía otra perspectiva para reintegrar la vida política española que el beneplácito de la burguesía expresado por una parte de la derecha como mínimo, declarándose de antemano dispuesto a colaborar con ella. Pero para obtener esta actitud condescendiente de la burguesía, tenía que hacer más que demostrar que no pondría en causa el orden burgués como tampoco lo había hecho en 1936. Le era necesario demostrar que se conduciría en partido dócil no sirviendo a nadie más que a la burguesía española. Le era necesario en particular ostentar que sus lazos con la Unión Soviética pertenecían al pasado.

La condena de la invasión de Checoslovaquia por las tropas rusas en Agosto de 1968, le suministró el pretexto ideal para esto, llevando consigo la exclusión de la dirección del partido de los hombres más vinculados a Moscú, (como Lister). A partir de ese momento el Partido Comunista de España no ha cesado de tomar cada vez más netamente sus distancias con respecto a la Unión Soviética, hasta que a Santiago Carrillo se le impidiera tomar la palabra en Unión Soviética con ocasión del 60º aniversario de la Revolución de Octubre (lo que era el mejor servicio que los dirigentes soviéticos podían prestarle con respecto a la burguesía española).

Además, los dirigentes del PCE no se contentan con protestar, como lo hacen por ejemplo sus homólogos franceses, a propósito de tal o cual caso manifiesto de represión en Unión Soviética. No dudan en poner en causa al mismo Estado soviético (y no solamente al de Stalin, sino también al de Brejnev). De esta manera, Carrillo en su libro publicado hace poco más de un año, *El Eu-*

rocomunismo y el Estado, escribía a propósito de las capas dirigentes soviéticas y la capa burocrática, a sus diversos niveles, dispone de un poder político inmoderado y casi incontrolado. Ella decide y resuelve por encima de la clase obrera e incluso por encima del partido, que en su conjunto se halla sometido a ella (. . .) La cuestión que se plantea hoy es si las mismas estructuras de ese Estado no se han convertido, por lo menos en parte, en un obstáculo para pasar al socialismo evolucionado. Si ese Estado, tal como existe, no es en sí mismo ya un freno para el desarrollo de una auténtica democracia obrera, e incluso más allá si no se ha constituido en un freno para el desenvolvimiento material del país».

Algunos han visto (ver el artículo de Ernest Mandel, Santiago Carrillo y la naturaleza de la Unión Soviética, en el número del 12 de mayo de 1977 de Inprecor, la revista del Secretariado Unificado de la IV Internacional) en ese género de prosa un «progreso» (. . .) evidente (. . .) hacia un análisis marxista del Estado y de la sociedad soviética, hacia una explicación del «fenómeno estalinista» en términos científicos Pero esto sólo es posible si se considera a priori a los socialdemócratas como mejores teóricos (en lo que concierne la Unión Soviética) que a los estalinistas cien por cien, pues no se ve en qué los argumentos de Carrillo difieren de lo que podría escribir a ese propósito cualquier otro socialdemócrata dándoselas de teorizante.

Además, son precisamente esos mismos «progresos» del alumno Carrillo los que le han llevado a arrojar por la borda las referencias al «leninismo» pues en las decisiones del IX congreso del PCE se trataba de tomar de esta manera nuevas distancias por lo menos tanto con res-

pecto a la Unión Soviética como con respecto al lejano pasado revolucionario del partido.

Ver en el «Eurocomunismo» una tendencia que «combina la socialdemocratización ya antigua (de los partidos comunistas considerados) con una oposición creciente a los más escandalosos aspectos de las dictaduras soviéticas» sería en efecto una apreciación pueril, si no fuera simplemente el fruto de un cierto seguidismo con respecto a los «eurocomunistas».

No obstante es eso que desarrolló Ernest Mandel en Barcelona durante el debate que dirigió sobre este tema, si se juzga por los propósitos relatados por el cotidiano barcelones Mundo Diario. La denuncia por los «eurocomunistas» de cierto número de fenómenos represivos en los países del Este no es en efecto algo que se añade a su socialdemocratización, sino una de las manifestaciones de la misma.

Ocurre lo mismo con la relativa liberalización de la vida interna de los partidos «eurocomunistas» que ha dejado atrás en el caso del Partido Comunista de España la tímida evolución del Partido Comunista Francés. En efecto, los opositores a las tesis de Carrillo han podido expresarse en todas las conferencias preparatorias al congreso. Han podido hacerse elegir como delegados, al punto que representaron en el momento de la votación final cerca de un quinto de mandatos. Pero no ha habido, en la presencia de esta oposición en el seno del PCE ni en el hecho de que hayan podido expresarse en el congreso, nada positivo desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera.

En efecto, ninguno de aquellos que tanto en las conferencias preparatorias regionales como en el congreso han tomado públicamente

posición contra el abandono de la referencia «leninista» lo ha hecho desde un punto de vista revolucionario. Y esto no tiene nada extraño puesto que se trataba de militantes y cuadros reclutados y formados sobre la base de la política de «reconciliación nacional», y no sobre una base de lucha de clase.

El término español «histórico», que sirve para designar a esos opositores, describe al menos una parte de la realidad: las reticencias de una parte de los cuadros y militantes que temen ver a su organización perder su antiguo semblante.

Por lo demás, puede ser que el debate haya servido de pretexto a unas cuantas luchas de clanes en una situación en que el aparato del PCE está creciendo súbitamente, pasando de aparato reducido de la clandestinidad al de un partido legal controlando ya la central sindical más importante del país; puede ser que esas luchas opongan en parte a los cuadros y militantes salidos de la clandestinidad con los recién llegados que no ven en el PCE más que el eventual distribuidor de puestos y plazas; puede ser que en esos enfrentamientos subterráneos algunos hayan pensado apoyarse sobre el malestar de una parte al menos de la base obrera del PCE hostil a la firma de los acuerdos de la Moncloa, oponiéndose a Carrillo sobre el «leninismo», todo eso es sin duda verdad pero no cambia nada al fondo del problema.

El debate relativamente «democrático» que acaba de vivir el PCE no ha hecho avanzar más los intereses de la clase obrera española, que los han hecho avanzar en ningún sitio todos los debates relativamente «democráticos» conocidos por los partidos socialdemócratas desde hace cincuenta años.

No es seguro que la dirección del

PCE haya previsto la amplitud que tomaría el debate iniciado por ella. Y Carrillo no deseaba sin duda ver el cuarto de delegados en la conferencia regional de Asturias irse dando un portazo, y menos aún encontrarse en minoría durante la conferencia del partido catalán. Pero globalmente la amplitud de ese debate, su aspecto espectacular no le ha perjudicado sino todo lo contrario. Le ha permitido demostrar a la opinión pública burguesa que podía confiar en el PCE, que estaba libre de toda tentación revolucionaria.

La dirección del PCE incluso ha ido aun más lejos en ese dominio invitando por primera vez en la historia de un partido comunista a un representante de una organización reclamándose del trotskismo, no sólo a que asistiera al congreso sino también a que tomara la palabra. En eso también la invitación dirigida a la LCR (Sección Española del Secretariado Unificado) no supone un «progreso» del PCE sino otro signo de su socialdemocratización.

No es imposible, claro está, que la revolución de los partidos «eurocomunistas» en general y del Partido Comunista de España en particular, pueda abrir mejores condiciones a los revolucionarios para dirigirse a

los trabajadores influenciados por esos partidos, para afectarles y convencerles. Pero a condición de que los revolucionarios se revelen capaces de tener un lenguaje susceptible de convencerles, de ofrecerles un polo de reagrupamiento y de abrirles otra perspectiva.

En todo caso no es considerando el «eurocomunismo» como una corriente presentando aspectos positivos en sí, independientemente de los revolucionarios y susceptibles de un desarrollo automático como los militantes revolucionarios pueden esperar ver el desarrollo del «eurocomunismo» beneficiar a sus ideas. No es entablando un debate académico con él, sino al contrario combatiéndolo al mismo título que el reformismo clásico o que el estalinismo clásico.

Si los revolucionarios españoles no son capaces de atraer hacia sí a los elementos proletarios afectados por la evolución del PCE, la única consecuencia de su socialdemocratización creciente será sin duda la de alejar un cierto número de trabajadores de la actividad militante. Por lo menos aquéllos de los que Carrillo decía «que se habían equivocado de partido», y esto no sería motivo de regocijo.

PARTIDO COMUNISTA FRANCES : discrepantes mas que opositores

Según las últimas noticias, un millar de militantes habían firmado esta «petición de los 300» que de cierto modo sirve de carta para los discrepantes del Partido Comunista Francés.

Un millar entre más de 600 000 adherentes es poco, afirma Marchais con cierta razón. Y es también verdad que las posibilidades de expresión que encuentran en la prensa los discrepantes —salvo en la del PCF claro está— no debe engañarnos sobre la importancia real de su audiencia dentro del mismo Partido Comunista Francés.

Eso no impide que la contestación es más amplia que todo lo que el PCF ha conocido durante los últimos años. En el contexto del fracaso electoral de la Izquierda, los Elleinstein, Althusser, Frémontier y otros Rony encuentran en el mismo seno del partido y en particular entre sus intelectuales, apoyos que le habían faltado entonces a un Garaudy.

La dirección del partido ha abandonado además la actitud más bien bonachona que fue suya al principio. Todavía no se trata de exclusión —Marchais incluso repite que no habrá— pero el tono es más duro, y la dirección intenta manifiestamente aislar a los que contestan y enfrenta el partido con ellos, sin llegar por el momento a aplacar la fronda.

Todo lo contrario podría decir. Sin duda alguna en lo que concierne sus ideas y sus proyectos, la contestación permanece tan vaga como a sus principios. Por preocupación táctica, por convicción, o para no evidenciar sus divergencias o sus vacilaciones, los que contestan no van más allá de la crítica del funcionamiento del partido y de la política de su dirección durante la campaña electoral sin tratar de aparecer de ninguna manera como los defensores de otra política para el PCF. Pero en cambio, quedándose en una base política que no les distingue en nada de la dirección, los jefes de fila de la contestación proceden a gestos espectaculares, tomando manifiestamente el riesgo de ser excluidos o apartados.

No contentándose ya con escribir en las columnas de *Le Monde*, de *L'Express* o en el *Nouvel Observateur*, Elleinstein, al igual que Frémontier, se reúnen en el comité de padrino del nuevo semanario *Maintenant*. Este está destinado a relevar *Politique Hebdo* y se propone ser una especie de órgano de debate de la izquierda por encima de los partidos, defendiendo «un socialismo que no tiene nada que ver con las desviaciones socialdemócratas, con los «gulags» estalinistas y con el corsé tecnocrático». Se

codean en este comité de padrinazgo con otros opositores del PCF, y también con miembros del CERES, con miembros del PSU o «intelectuales de izquierda» que no pertenecen a ningún partido.

Por otro lado Elleinstein, Rony y algunos otros han aceptado participar a los debates organizados durante la reunión de la Ligue Communiste Révolutionnaire en la «Porte de Pantin», con responsables del Partido Socialista y otros excluidos del PCF desde hace tiempo como Garaudy, y esto en tanto que miembros del Partido Comunista.

Aunque Elleinstein haya ido a la reunión de la LCR para defender la línea del XXII congreso, el hecho de ir a una reunión trotskista era suficientemente espectacular para ser subrayado por toda la prensa y para provocar la ira de Roland Leroy.

Una especie de conflicto entre la dirección del partido y los discrepantes está pues entablado.

¿Sería la menor o mayor socialdemocratización del Partido Comunista Francés la que está en juego? Ciertamente no.

No solamente porque la contestación, por espectacular que sea, no parece «morder» lo suficientemente en el partido como para modificar sus orientaciones políticas. Pero sobre todo porque esta contestación se desarrolla sobre la misma base política de la dirección actual del partido.

La socialdemocratización, es decir la opción de romper todos los vínculos del pasado para llegar a ser un partido de izquierda como el PS, susceptible de convertirse de manera permanente en una alternativa política posible para la burguesía francesa, no es el objetivo de la fronda actual, sólo es el telón de fondo. No es objeto de desacuerdo entre los protagonistas del actual debate —si se puede decir. Es, al contrario, el denominador político común entre Marchais y los contestatarios.

En realidad, si se comprende por crisis el enfrentamiento entre opciones políticas diferentes para el Partido Comunista Francés, la fronda actual es menos una crisis en sí mismo que la expresión de una crisis más general, más fundamental que atraviesa en efecto el PCF desde hace muchos años y en la cual lo más espectacular no es necesariamente lo más decisivo. Una crisis soterrada punteada por la famosa «reprobación» del PCF frente a la intervención de las tropas soviéticas en Checoslovaquia en 1968; por la dimisión de Jeannette Vermeersch del Buró Político en protesta a esta reprobación; por la exclusión de Garaudy a quién, por lo contrario, la reprobación parecía demasiado tímida; y también por el suceder de Marchais a Maurice Thorez después del intermedio de Waldeck Rochet; por la firma del Programa Común; y en fin por el XXII congreso, en el cual la dirección del partido tomó oficialmente sus distancias con relación a Moscú, abandonando por la misma ocasión sus referencias a la dictadura del proletariado.

EL DIFÍCIL VIA CRUCIS DEL PCF PARA LLEGAR A SER UNA OPCIÓN ACEPTABLE POR LA BURGUESIA

Hace ya decenios que, por las perspectivas políticas que defiende en la clase obrera, el Partido Comunista Francés se convirtió en un partido socialdemócrata. Al igual que todos los partidos socialdemócratas del mundo el Partido Comunista se dió como objetivo último el de utilizar su influencia

sobre la clase obrera para llegar al gobierno en el marco del Estado y de la sociedad burguesa.

Desempeña el mismo papel estabilizador que los partidos socialdemócratas ahí donde tienen influencia entreteniendo a los trabajadores con las ilusiones de que pueden cambiar su destino dejando aparte el Estado, y los fundamentos capitalistas de la economía, por el simple juego de las elecciones parlamentarias y de las reformas progresivas.

Aunque ya reformista, el PCF había guardado sin embargo mucho tiempo rasgos originales que lo hacían poco fidedigno para la burguesía y le descalificaban de entrada en la gran competición permanente para la alternancia a las responsabilidades gubernamentales que son los encantos de la democracia parlamentaria burguesa y la razón de ser de todos los partidos políticos que sitúan su acción en el marco de este sistema parlamentario burgués.

Por una parte, la cumbre de su aparato, herencia del pasado del partido, estaba durante mucho tiempo más vinculado, humanamente e incluso materialmente, a la burocracia dirigente de la Unión Soviética que a la burguesía francesa. La burguesía francesa no podía aceptar —salvo en períodos excepcionales— asociar a la gestión de sus intereses políticos a un partido que sabía susceptible de ponerse del lado de la burocracia soviética en detrimento de los intereses de su propia burguesía.

Por otra parte, los vínculos del Partido Comunista con la clase obrera eran más ambiguos que los de un partido reformista tradicional aceptado como suyo por la burguesía. El Partido Socialista en particular, bajo sus denominaciones sucesivas, ha sido durante mucho tiempo un partido esencialmente electoral, cuyos dirigentes no tenían otros vínculos con la clase obrera que los que se tienen con una clientela electoral cuyos votos se solicitan de vez en cuando. El Partido Comunista en cambio, tiene una real implantación en la clase obrera, a través de decenas de miles de militantes y adherentes reclutados sobre la base de referencias explícitas al comunismo y al poder de la clase obrera, etc.

Estos militantes obreros hacían desde siempre, y hacen todavía, la fuerza del Partido Comunista. Si el PCF puede desempeñar el papel de estabilizador que le hace de vez en cuando imprescindible para la burguesía es indudablemente gracias a ellos y a la influencia que ejercen sobre los trabajadores. Pero por otra parte su existencia y su papel en la organización cotidiana de los trabajadores, sensibilizan sumamente el PCF a lo que ocurre en la clase obrera, le sensibilizan demasiado a los ojos de la burguesía que quiere hombres políticos de confianza en todas circunstancias.

La burguesía, aún sabiendo perfectamente que el Partido Comunista se sitúa totalmente sobre su terreno no le perdona su sensibilidad a su izquierda ni el que intente agradar a los trabajadores por un radicalismo —aunque sólo sea verbal—, como tampoco le perdona el que tienda a ponerse a la cabeza de las luchas obreras en cuanto teme perder su influencia sobre los trabajadores en provecho de otros.

Todas las fuerzas que empujan al Partido Comunista Francés hacia una integración completa en la vida política burguesa —son muchas y son determinantes— obran conjuntamente en el sentido de un abandono completo y definitivo de los rasgos originales del PCF. Pero esta evolución no es ni

simple, ni rápida precisamente porque lo que constituye un handicap para la burguesía le da al mismo tiempo al PCF su originalidad y su audiencia en la clase obrera y precisamente también porque este gran cuerpo social que es el PCF está sometido a fuerzas contradictorias.

Incluso una dirección completamente decidida a meterse en la vía de la socialdemocratización abierta debe maniobrar con prudencia para evitar a la vez la fragmentación del partido y la pérdida de su audiencia.

Además, durante mucho tiempo, el aparato y la dirección misma fueron sometidos a las mismas fuerzas contradictorias que el conjunto del partido. Formada en otros tiempos, amaestrada por el estalinismo, la dirección «Thoreziana» estaba suficientemente vinculada a Moscú para que sus vínculos resistiesen a la aspiración de romper las amarras y de llegar a ser un auténtico partido nacional reformista. Fue necesario que se vaya constituyendo un relevo y que emerja una nueva dirección más preocupada por el sitio del PCF en la sociedad francesa que por los intereses de la burocracia, para que el PCF pueda sin equivoco diferenciarse de Moscú y de su política. Pero, comparado con su homólogo italiano el PCF había tomado diez años de atraso.

Facilitado por la muerte de Thorez y el envejecimiento de toda una generación de dirigentes estalinistas, el relevo se efectuó en el coto cerrado de la alta dirección.

Pero aunque de allí no escapó gran cosa —salvo los asuntos Vermeersch y Garaudy —y aunque los militantes de base no han sido ni siquiera llamados como testigos, hubo una verdadera lucha de tendencia, y de un mayor alcance para el porvenir del partido que la que opone hoy los discrepantes a la dirección actual.

El reino transitorio del insípido Waldeck Rochet fue en su tiempo la expresión de un cierto equilibrio entre las tendencias «moscovitas» y las tendencias dispuestas a romper las amarras para mejor integrarse en la vida política francesa y mejor «socialdemocratizarse».

Y en este sordo enfrentamiento, Marchais, el hombre de aparato, venido tarde al PCF, ni dirigente obrero, ni hombre-lígio de Moscú, representaba la opción por la socialdemocratización acelerada. Su acceso al secretariado general era la señal de que la dirección del PCF había definitivamente optado por ir en el sentido de una integración completa en la vida política francesa, con riesgo de arrojar por la borda lo que en el lenguaje y comportamiento político del PCF podía constituir un obstáculo a esta integración (por lo menos en lo que depende del PCF, ya que lo que hará la burguesía es aún otra cosa).

Con algunos años de atraso en la evolución y con todas las diferencias impuestas por el contexto, Marchais es el representante en Francia de la misma política que Berlinguer en Italia. Una política de abandono progresivo del reformismo vergonzoso marcado por un pasado comunista, a favor de un reformismo contento de serlo.

El XXII congreso, es Marchais. La ruptura efectiva de todo vínculo de dependencia con Moscú, es Marchais. El abandono de toda referencia a la dictadura del proletariado, es aún Marchais. No se trata de especular sobre la firmeza de su posición en el seno del equipo dirigente sino de la opción política asociada a su nombre.

UNA OPOSICION QUE CRITICA A MARCHAIS PERO EN NOMBRE DE LA LINEA POLITICA DE ESTE

En sus declaraciones otorgadas a *L'Express*, Michel Barak, uno de los principales animadores de la «petición de los 300», deja suponer que desearía que se fuera la dirección actual. Pero ¿en nombre de qué política? La gran mayoría de los discrepantes que se reclaman de la línea del XXII congreso y los que, como Althusser, habían criticado en su tiempo esta línea promovida por Marchais, callan hoy estas críticas.

El que esté más o menos conforme la contestación con la «línea del XXII congreso» muestra primero que su crítica de la dirección del partido no es una crítica de izquierda. Pero esto muestra también que los discrepantes no tienen, otra política que proponer al PCF, incluso en la vía de una socialdemocratización acelerada.

Pues en este terreno, Marchais ocupa todo el sitio. Los discrepantes reprochan a Marchais no ir bastante rápidamente ni bastante lejos, pero siguiendo el mismo camino que él había indicado. Están de acuerdo con la política de Marchais para el futuro aunque le critiquen por su actitud durante las elecciones.

Los Elleinstein, Althusser o Frémontier han logrado, por un momento, ser más derechistas que Marchais en el lenguaje —reprochándole precisamente su lenguaje demasiado «radical», demasiado «antisocialista», demasiado «obrero» durante la campaña electoral—, pero no han ido más lejos que él en lo que concierne las perspectivas políticas propuestas. Es de creer que la única vía hacia la socialdemocratización, es ésta en que Marchais había empeñado su partido, la única por lo menos para un partido comunista fuerte.

Pero es ahí, quizás, donde radican las diferencias entre Marchais y algunos de los intelectuales que le critican.

Marchais obra como dirigente de partido. Quiere que el PCF se vuelva más claramente socialdemócrata y susceptible de participar plenamente en la alternancia del poder gubernamental. Pero su proyecto supone un Partido Comunista fuerte, un Partido Comunista capaz de ambicionar el puesto que tienen los partidos socialdemócratas en otros países, y que el Partido Comunista Italiano intenta ocupar en Italia.

Pero es éste, precisamente, el problema: en Italia, el PCI al socialdemocratizarse, pudo ocupar un sitio que débiles partidos socialistas habían dejado vacante. Esto no le ha permitido todavía que fuera reconocido como partido gubernamental de pleno derecho, y nada garantiza que lo sea pronto, pero al fin y al cabo no tiene rival y si, la burguesía italiana necesita soluciones políticas socialdemócratas, tendrá que resignarse a tratar con el PCI.

No ocurre lo mismo en Francia. Hay un Partido Socialista electoralmente más fuerte que el PC, aunque lo sea mucho menos en la clase obrera. Este Partido Socialista debe sin duda su renacimiento esencialmente al PCF y a su política de alineamiento tras Mitterrand. Pero la consecuencia es que cualquier opción política socialdemócrata de la burguesía francesa, se organizará en torno al PS de Mitterrand. Para el PCF el mantener su audiencia electoral y su influencia en la clase obrera tanto como el no

desaparecer tras el PS son las condiciones para que tenga la oportunidad de participar en una opción de izquierda de la burguesía.

La socialdemocratización del PCF lo acerca por un lado al PS pero envenena la competencia entre ambos partidos. Ambos quieren encarnar la misma opción política para la burguesía. Si están obligados hoy a unirse, no es evidente que haya realmente sitio para dos. Y de todas formas el PCF nunca será la opción de izquierda de la burguesía, si el Partido Socialista se refuerza a expensas suyas.

La dirección del PCF lo comprendió y quiso limitar los daños ; y emprendió por eso la lucha que se sabe contra el Partido Socialista durante la campaña electoral.

El hecho que Marchais haya escogido rivalizar con Mitterrand sobre su izquierda, es una consecuencia de este error de análisis que no sólo era suyo y que presumía una radicalización del electorado. Con otro análisis hubiera podido competir con el PS a propósito de otra cosa que el SMIC o el número de nacionalizaciones. Pero de todas formas hubiera tenido que buscar un terreno para oponerse al Partido Socialista. Era cuestión de supervivencia política para el PCF. Mas los discrepantes reprochan precisamente esta rivalidad a la dirección del PCF e invocan la polémica en el seno de la Unión de la Izquierda para reprochar a Marchais el no ser consecuente con la vía abierta por el XXII congreso. Sin embargo, aún empleando un lenguaje más radical en dirección del electorado obrero y más firme en dirección de los socialistas, eran siempre las posibilidades trazadas en la vía italiana las que la dirección del PCF procuraba preservar.

LA CONTESTACION ENTRE LA ESTERILIDAD, EL ALINEAMIENTO TRAS MARCHAIS O LA OPOSICION AL PCF POR SU DERECHA

Es difícil adivinar cuáles son los proyectos de la corriente de contestación, suponiendo que exista.

Por el momento, los intelectuales que discrepan están de acuerdo para limitarse a reivindicar una democracia interna más amplia en el partido, y a pedir cuentas a la dirección a propósito de su responsabilidad en el fracaso electoral de la Unión de la Izquierda. Es poco. Y no es una perspectiva política.

Pero precisamente porque estos discrepantes se quedan en el marco de la «línea del XXII congreso», o sea dentro del marco de la política de Marchais, no hay muchas direcciones en que pueden evolucionar.

Pueden quedarse condenados simplemente a la esterilidad, permaneciendo justamente discrepantes, capaces de oponerse a Marchais, pero incapaces de proponer una política propia. Pueden también acabar por

alinearse tras Marchais, ya que, después de todo, no representan por el momento otra política.

Pero si no pueden representar, para el PCF, una manera de seguir «la vía italiana» diferente de la propuesta por Marchais, pueden sin embargo hacerse los defensores de otra opción socialdemócrata, una opción que no se realizaría por la socialdemocratización de un PCF todavía fuerte, sino por un debilitamiento de este mismo PCF.

El deseo de ver el nacimiento de una izquierda fuerte, fiable para la burguesía, capaz de representar una alternativa a la derecha, no fecha de hoy. Es frecuente entre los admiradores del «parlamentarismo» inglés o alemán y en particular entre la izquierda no-comunista. Pero la preponderancia de un PCF, no ministeriable en el seno de la izquierda, hacia que tal sueño no se podía realizar. Además, el PCF parecía aceptar de buena gana que el PS fuese el primero, permitiendo, por fin, si no la creación de un gran «laborismo» a la francesa capaz de hacer contrapeso a la derecha en un sistema bipartidista, por lo menos una unión de la izquierda dirigida por Mitterrand. Hasta el día en que el PCF mostró con estrépito que no tenía la intención de desaparecer, sino que le importaba participar en el festín.

Toda la «intelligentsia» de la izquierda no comunista, se atacó entonces al PCF, acusándole de no aceptar debilitarse en silencio, para que viva —y alcance el poder— la izquierda representada por Mitterrand.

Y, al fin y al cabo, es un poco la misma cosa que los intelectuales discrepantes del PCF reprochan más o menos implicitamente a la dirección del PCF : eso de no haberlo hecho todo para que la izquierda como tal, llegue al gobierno, incluso si eso debía pagarse por un debilitamiento del PCF.

Aquella crítica implica sin duda una perspectiva política original respecto a la de Marchais, la de la creación de una amplia izquierda «unitaria», fiable, superando la antigua división PC-PS. Claro está que la dirección del PCF no puede tomar a su cuenta esta perspectiva, aunque sus defensores lo propongan en nombre de «la unidad de la izquierda», en nombre «de la unidad del movimiento obrero» y de otras tantas bellas frases que suenan tanto mejor cuanto que no hay nada dentro.

Entonces, puede ser que los discrepantes tengan la intención de empeñar el debate acerca de la política del PCF más allá de lo que se destaca de sus tomas de posiciones actuales.

En este debate pueden discutir tanto a su izquierda como a su derecha, pueden participar en encuentros tanto con la Liga Comunista Revolucionaria como con miembros del Partido Socialista.

Pero el carácter no sectario de sus contactos, su aceptación del debate con todos, su lenguaje unitario, su defensa de los intereses de la izquierda más allá de los intereses de partidos, no es por cierto la garantía de que representan algo mejor, algo más favorable para los trabajadores de lo que representa la dirección actual del PCF. Su actitud permite todas las posibilidades : su vuelta en el seno del partido de Marchais como su posible entrada en el Partido Socialista o como también la creación de un nuevo reagrupamiento efímero, de estos que aparecen y desaparecen periódicamente al límite de los dos grandes partidos reformistas.

La tarea de los revolucionarios, no es la de aprobar aquella gente, ni aún menos la de dejarse llevar por la corriente que representa. Si esta corriente conduce hacia alguna parte, conduce hacia el Partido Socialista.

No es evidente incluso que el debate empeñado por los intelectuales discrepantes del PCF con la izquierda, e incluso la extrema izquierda, favorezca de por sí la discusión entre la corriente revolucionaria y los militantes del Partido Comunista.

Pero si tal fuera el caso, y sería evidentemente lo mejor, no es poniéndose al remolque de Elleinstein, Althusser y sus amigos políticos como la corriente revolucionaria tendría más oportunidades de hacerse entender por éstos a quienes debe influenciar : los militantes y los simpatizantes del PCF que se sienten verdaderamente comunistas y que no aprueban la evolución de su partido hacia la socialdemocratización bajo la égide de Marchais.

Ante la ofensiva patronal y del gobierno, la respuesta de los trabajadores y la política de los sindicatos

La victoria electoral de la derecha en las elecciones legislativas de marzo de 1978 ha desembocado en una ofensiva del gobierno y de la patronal contra el nivel de vida de la clase obrera.

Sin embargo, puesto que la victoria electoral fue obtenida con escasa ventaja, uno podía preguntarse si el gobierno no iba a hacer algunos gestos como para mostrar que tenía en cuenta los intereses de «todos los franceses» y no solamente de aquéllos de la mayoría. En efecto el presidente de la República, Giscard d'Estaing, había pronunciado unos días después de las elecciones un discurso en el que preconizaba una «apertura», comprometiéndose a promover una política social al servicio de los más desfavorecidos y a asociar un poco más a los partidos de la oposición en la vida política del país.

Efectivamente los dirigentes de los partidos de izquierda (incluso Georges Marchais, secretario general del Partido Comunista) y aquéllos de las grandes centrales sindicales, (y entre ellas, la CGT vinculada al Partido Comunista), han sido recibidas por el presidente de la República. El Partido Socialista ha sido invitado a participar en una delegación francesa a la ONU.

Por otra parte han sido entabladas negociaciones entre la Confederación Nacional de la Patronal Francesa y los sindicatos a escala nacional.

Pero el hecho de que la izquierda y los sindicatos acepten reunirse con el gobierno y la patronal sin exigir nada en cambio ha permitido a estos últimos tener éxito en su «apertura» sin el menor coste.

Y prácticamente desde el día siguiente de las elecciones, los ataques contra el nivel de vida de la clase obrera, un poco silenciados durante el período electoral, se han reiniciado con más fuerza.

El gobierno ha decidido primero una serie de alzas en los precios de las tarifas del sector público que depende de él. Esas alzas han impresionado mucho a la opinión por su importancia : 15 % de aumento en el precio de los «Gauloises», los cigarillos populares, 20 % en el de las tarifas postales, 12 % en el del teléfono, 15 % en el de las tarifas de los transportes parisinos, 11 % en el de la gasolina, etc. A éstos hay que agregar las alzas de precios decididas antes de las elecciones y que entraron en vigor después de éstas, como el alza de las tarifas de los ferrocarriles, y la de los HLM, las viviendas populares.

En una palabra se trataba de todo

una serie de alzas de precios que afectan directamente a la población laboral. Y el hecho de que sea el mismo gobierno quien haya dado el ejemplo no podía, por supuesto sino incitar a los industriales y los comerciantes a seguir el movimiento : el alza de precios se aceleró.

Y estas alzas han sido acompañadas de discursos y declaraciones de una arrogancia sin precedente.

El primer ministro Barre, el ministro de economía Monory, han dicho abiertamente, y con un cinismo casi provocador, que de ninguna manera los salarios iban a aumentar más que el coste de la vida (y como estos señores miden estas aumentaciones según el índice oficial, que es muy inferior al aumento real de los precios, esto significa que el poder de adquisición de los salariados va a bajar) y que había que hacer todo lo posible para que las empresas tengan ganancias.

Paralelamente, la patronal demostraba tener, en sus dichos al menos, la misma arrogancia. El dirigente del sindicato de patrones, Ceyrac, pedía el retorno a la libertad de precios, la posibilidad para los capitalistas de fijar libremente sus precios. Este acaba de obtener satisfacción : el gobierno ha decidido poner fin a todo control de precios y a toda tasación, para una parte a partir del 1º de junio, y para lo demás antes de fines de año. «Los jefes de empresa son gentes responsables», declaró el primer ministro, y, ¡ estos fijarán sus precios según sus necesidades !

Esta «liberación» de precios va a provocar, por supuesto, una alza inmensa de precios ; pero los dirigentes del país, después de haber explicado durante años que su principal preocupación era la de evitar una inflación demasiado importante, ¡ afirman ahora que no hay que

contrariarla, en nombre de la salud de la economía del país !

Por otra parte Ceyrac ha pedido, en nombre de los capitalistas que sean revisadas un cierto número de leyes sociales, que impiden a la patronal utilizar la mano de obra a su antojo. En particular reclama el derecho para los patrones de ajustar los horarios a su guisa no ya sobre la base de las 40 horas legales por semana, sino sobre la base de un horario anual de 1 920 horas.

Por supuesto, la ley que fija a 40 horas la duración semanal del trabajo está muy lejos de ser respetada por todas partes. Pero suprimirla permitiría a los patrones quitarles a los trabajadores un cierto número de ventajas como el pago de las horas extras a 125 % o 150 %, y sobre todo hacer trabajar a los empleados según las necesidades patronales, 20 horas por ejemplo durante los períodos de menor trabajo, y 60 horas. ¿ Por qué no ? cuando la producción lo exigiría, sin tener que pagar las indemnizaciones por desocupación técnica en el primer caso, o las horas extras en el segundo.

Todo está presentado muy habilmente : lo que está puesto de relieve es que los trabajadores tendrían la posibilidad de tomarse una semana de vacaciones en invierno... ¡ Una semana que no costaría nada puesto que los beneficiarios la recuperarían trabajando más horas durante el resto del año !

La patronal ha reclamado también, muchas veces, que los mas substanciales subsidios de paro (que son en Francia de diversa importancia y naturaleza) sean disminuidos, y que medidas amenazando con suprimir ciertos subsidios de paro sean tomadas para obligar a los sin trabajo a aceptar los empleos que

les son propuestos, aun si no les conviene.

Como se ve, la patronal espera hacer pagar la crisis a los trabajadores conduciendo sus ataques hacia dos direcciones: primero atacándose directamente a su poder de adquisición con el juego del alza de precios paralela al bloqueo de salarios, y segundo reclamando el derecho de utilizar la mano de obra con la mayor flexibilidad posible.

De todas maneras, a parte de estas medidas y de estas proposiciones, se asiste a un desenvolvimiento «normal» de la crisis, con las quiebras, los cierres de fábrica y los despidos que la acompañan.

Una parte de estos cierres había sido retardada, durante el periodo preelectoral, gracias a las ayudas especiales del gobierno que no deseaba encontrarse con conflictos y problemas sociales suplementarios.

Pero despues de las elecciones, el Estado ha dejado de sostener las empresas no rentables y los cierres de fábrica se han reiniciado con más frecuencia que antes.

El cierre de ciertas empresas conocidas, como Boussac, una de las mayores empresas textiles en dificultad desde hace tiempo, ha sensibilizado a la opinión pública, a ese respecto: la radio, la televisión, la prensa se han hecho eco de las manifestaciones de los trabajadores en paro forzoso, manifestaciones organizadas por los sindicatos, apoyadas por la población y los electos locales, aun aquéllos de la derecha.

Y en estas condiciones, el hecho de que estas reacciones de defensa sean espectaculares, no permite medir su profundidad ni apreciar el nivel de combatividad de los trabajadores que de cierto modo no tienen más remedio que participar en ellos.

LOS TRABAJADORES FRENTE A LA OFENSIVA PATRONAL

No hay que perder de vista que las luchas defensivas habian continuado durante el periodo electoral. A causa del recrudecimiento de los cierres de fábrica éstas se acrecentaron en los meses que siguieron las elecciones, sin que el clima social esté particularmente combativo.

Al dia siguiente de las elecciones, el clima en las fábricas tendía a ser más bien taciturno. Los trabajadores lamentaban que la izquierda no haya ganado, achacando a la querella PC-PS la responsabilidad de ello y culpando al PC o al PS según sus simpatías políticas. El clima era tal que la visita de los dirigentes sindicales al jefe de Estado no les había parecido a los trabajadores una traición, sino la expresión de un estado de cosas: puesto que se había perdido las elecciones había que tratar de «arreglarselas» con la derecha y la patronal.

Pero en última instancia, los trabajadores no se desmoralizaron profundamente por la derrota electoral de la izquierda. Los hechos que sucedieron luego, lo prueban.

En efecto, después de mayo, la atmósfera ha cambiado un poco. En una cierta cantidad de fábricas una actitud más combativa va remplazando el mal humor. En una serie de pequeñas empresas, se iniciaron toda una cantidad de movimientos de huelga, esta vez sobre problemas reivindicativos.

Pero lo que ha dado a todas estas nulgas desparramadas un carácter más espectacular, y prácticamente una dimensión nacional es la entrada en lucha de los trabajadores de Renault.

La situación es bastante diferente en las distintas fábricas Renault que

en total cuentan aproximadamente con más de 110 000 trabajadores.

En Renault-Flins, donde trabajan en las cadenas de montaje una mayoría de trabajadores inmigrados, la huelga está localizada en las prensas, donde huelguistas continúan en el momento en que escribimos a paralizar más o menos la producción y a impedir la salida de un nuevo automóvil, el R 18 ; aunque el resto de la fábrica que no es hostil al movimiento, no está dispuesto a seguirlo sino con paros limitados de trabajo.

En Renault-Cléon, donde trabajan en mayoría obreros franceses, el hastío se expresó con un movimiento relativamente mayoritario y con la ocupación de la fábrica. Las otras fábricas del grupo que conocen cierto clima de agitación se han quedado más bien espectadoras.

En Renault-Flins y en Renault-Cléon, los CRS han intervenido para desocupar la fábrica, lo que no impide por el momento, que el movimiento continue. En el resto del país, los trabajadores están en su conjunto bastante atentos a los movimientos que se desarrollan en sus ciudades o a escala nacional.

LA POLITICA DE LOS SINDICATOS

Para medir el verdadero nivel de combatividad de los obreros en lucha, hay que tomar en cuenta la actitud de los sindicatos, y en particular la actitud de la CGT, principal sindicato del país.

Al día siguiente de las elecciones legislativas, los dirigentes de la CGT y de la CFDT sacando conclusiones del fracaso electoral de la izquierda, se habían dado prisa en contestar a la llamada de Giscard, pidiendo negociaciones con el gobierno y la patronal.

El mismo Edmond Maire, dirigente de la CFDT, condenó su propia política pasada y dijo, en sustancia, que se había equivocado al estrechar los lazos entre su central y la Unión de la Izquierda, y que la única política realista eran las negociaciones.

Con eso, la CFDT sólo mostraba su oportunismo congenital... y su deseo de competir con Force Ouvrière, la central sindical más descaradamente empeñada en la colaboración de clase, que se había negado a comprometerse con la Unión de la Izquierda, que no había dejado de preconizar las negociaciones... i y que ha sido la única a ganar votos en las elecciones profesionales de estos últimos meses !

Georges Séguy, el secretario general de la CGT, sin ir hasta su autocrítica, contestó sin embargo como Maire a la invitación de Giscard. Como él, reclamó negociaciones y se apresuró en aceptar discutir de las migajas propuestas por el gobierno y la patronal.

La CFDT sigue por este camino : al menos por ahora mira con cautela los movimientos reivindicativos y sus objetivos. Uno de sus dirigentes ha afirmado que era muy difícil negociar el hastío, y que la CFDT se negaba a un comportamiento extremista. Sin embargo, nada permite decir qđe, bajo la presión de su rival la CGT, no cambie de opinión.

Pero si la CFDT sigue por el mismo camino, la CGT, por su parte, ha cambiado su actitud y su lenguaje.

Primero la CGT ha impulsado toda una serie de movimientos reivindicativos en la Función Pública, en los ferrocarriles, en Electricidad y Gas de Francia y en los autobuses de la región parisina...

Localmente, los militantes de la CGT no sólo apoyan las luchas en curso, sino que las favorecen,

fomentan paros, y se ponen a la cabeza de los movimientos que se inician.

Así, en Renault, la CGT se mostró a la altura, si no más arriba del nivel de combatividad de los trabajadores. Sus militantes han participado en la huelga de las prensas en Flins, pese a que fuera una huelga minoritaria. Se puso a la cabeza de la lucha en Renault-Cléon. Después de la intervención de los CRS en Flins y en Cléon llamó a una réplica del conjunto del grupo. Trató de extender el movimiento al conjunto de las fábricas Renault, incitando paros limitados para sensibilizar a los trabajadores de las otras fábricas del grupo no dispuestos aún a moverse.

Nacionalmente, se nota una radicalización del lenguaje de la CGT : así, Seguy ha afirmado que : «lo que los trabajadores no consiguieron con las elecciones, no tienen más remedio que conseguirlo con las luchas sindicales».

Claro que la CGT tiene otras motivaciones que las de ver satisfechas las reivindicaciones de los trabajadores.

La rivalidad que les opone, le obliga a distinguirse de las demás centrales sindicales, en particular de la CFDT.

Pero sobre todo, tiene que encarrarse con la situación creada precisamente por la derrota electoral. Las próximas perspectivas electorales están lejos todavía, y no está excluido que, si la situación política y social lo permite, el Partido Socialista pueda encontrar aliados de derecha en vez de su aliado de izquierda, el Partido Comunista.

La CGT, y el PCF, pueden permitirse ahora una actitud y un lenguaje mucho más radical que cuando se preparaban a asumir la responsabilidad del poder ! Y deben de tener tal

actitud primero porque deben mantener su influencia en las empresas —ahí donde la influencia del PCF depende de la implantación de la CGT—, y también porque deben de aumentar los efectivos y dar ánimo a sus tropas más o menos desmoralizadas por la derrota electoral de la izquierda, y que, quedan en todos los casos sin más perspectivas desde entonces.

Claro está que la CGT se abstiene de hacer propaganda en pro de la generalización de las luchas. Pero es muy posible que, en tal contexto político, ella impulse, en el futuro, luchas más numerosas si no más generalizadas.

¿ CUALES SON LAS PERSPECTIVAS ?

La situación social en Francia ya no está caracterizada sólo por los ataques de la patronal y del gobierno contra la clase obrera, sino también por el despertar de la combatividad de los trabajadores en alguna que otra parte de Francia, despertar facilitado y confortado por el mero hecho de que la CGT sea parte contratante, al lado o a la cabeza de los trabajadores.

Ante este comienzo de combatividad obrera, es delicada la posición de la patronal y del gobierno.

Claro que los salarios tienen tanto atraso sobre los precios que la patronal podría permitirse soltar sin daño algunos aumentos de salario. Pero si el gobierno cede en Renault, empresa nacionalizada y considerada de este punto de vista como fábrica piloto, este gesto será considerado como una derrota gubernamental ; será una incitación para todos los trabajadores a entrar en la lucha a su vez por sus reivindicaciones. Y por

lo tanto el gobierno procurará no conceder nada en Renault, por lo menos antes de las vacaciones que marcan en Francia una pausa en la vida social, pausa que el gobierno intentará aprovechar.

De todos modos, en Renault como en otra parte, es evidente que el desenlace de los conflictos dependrá esencialmente de la combatividad de los trabajadores.

¿Continuará el despertar de combatividad antes, durante o después de las vacaciones ? En todos casos debería por lo menos hacérseles tragar su cinismo provocante a los miembros del gobierno y a los representantes de la patronal. ¡ Ya sería algo !

Y estas luchas serían la única manera de hacerles retroceder al

gobierno y a la patronal.

En esta perspectiva el cambio de tono de la CGT aunque corresponda más a maniobras sindicales que a una voluntad de defender los intereses profundos de los trabajadores contribuye sin embargo a despertar y amplificar a la vez la combatividad de los trabajadores.

Los movimientos parciales emprendidos por los trabajadores no resultan por el momento ni victorias ni fracasos. Pero preparan a la clase obrera para movimientos más profundos y más decisivos ; y no pueden sino darles más ánimo a los trabajadores ya que les permiten por fin actuar en vez de seguir aguantando pasivamente los ataques de la patronal.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor : Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P. 233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : FF 5

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE: *Ordinary*: FF 50 *Closedmail*: FF 75

ABROAD:

-By train or boat, all countries:

Ordinary: FF 50 *Closedmail*: FF 100

-By air:

Ordinary:

Europe and DOM: FF 60

North Africa and

Middle East: FF 65

TOM, America, Africa,

ex-Indochina: FF 70

Oceania, Asia: FF 80

Closed mail, for all countries:

Apply to us to have the tariffs.